

Jornadas profesionales
Al margen
Salamanca, febrero 2025
Sara Bertrand

Comienzo agradeciendo esta invitación al diálogo a Raquel Lopez, al Colectivo La Sal y a todos los que hacen posible estas jornadas profesionales.

Y, como estoy bastante crecida, hace tiempo decidí no mentirme más, ir con la verdad por delante, así es que parto por reconocer que inicialmente me sentí incómoda con el tema de la mesa, pues si lo pensaba con detención, obviamente me hubiese gustado no estar en ningún margen y vender millones de libros, no sé si hubiese querido estar a la moda, creo que eso no, pero vender millones de libros, sí.

En ese sentido, no siento una vocación especial por las fronteras, es decir, no como espacios ideológicos donde estacionarme y vociferar, sino como puntos de partida a preguntas y búsquedas.

Como sabrán algunos lectores presentes, nací y crecí en dictadura, lo que ofrece indudablemente una variedad de rincones, márgenes y espacios fuera de línea que, como ciudadana, intenté recuperar primero y defender después. Fui parte de una generación de niños que envejeció prematuramente, pues cuando Pinochet finalmente cayó, no queríamos oír hablar de política, imagino que una dictadura hace eso, inocular contra las grandes utopías, porque nosotros queríamos cambiar el mundo, estábamos seguros de que botado el dictador alcanzaríamos una libertad inimaginable y tendríamos el poder para transformar nuestra sociedad, nuevos hombres, nuevas mujeres,

pero el poder y la política son espacios jabonosos,
altamente radioactivos y
saben traspasar sus pócimas y venenos de un lado a otro.

Así es que podría decir que fueron los rincones previos a la decepción política que vino con la vuelta a la democracia lo que me llevó a mirar con detención el pasado de mi país, generación y sus ideologías. Interpelarlas, hacerlas hablar, develar sus oscuridades. Quizás me

escuchan como se oíría hablar a una anciana, pero deben saber que cualquier chilena o chileno nacido en la década de los 70 es un anciano prematuro.

Recuerdo algunos silencios, por ejemplo, ir manejando en la carretera y entender con un cambio de luces que más adelante estaban los militares o en el metro escuchar “vienen los pacos”, palabras dichas en susurro, sin mover los labios siquiera, pero bastaban para entender que venían palos, guanacos, gomones.

La dictadura estaba llena de esos rincones. De golpes.

Mis novelas *Álbum familiar* y *La mujer de la guarda* las dediqué a la exploración de esos márgenes, sobre todo, acercar el ojo a aquellos espacios que nos atrevimos a intervenir y a los que, en cambio, tuvimos miedo de mirar. Acercarse al dolor requiere coraje. Por esa razón diría que mi “estar fuera de línea” no fue una decisión premeditada, más bien, estuvo dada por un contexto familiar y político y se presentó como necesidad de hurgar rincones y refugios, porque también hubo refugios en dictadura, y como Hansel y Gretel fui detrás de ellos con la ilusión de que me llevaran de vuelta a casa. O algo parecido a un hogar. Pero, luego entendí que la dictadura era un muro, como el que quiere construir Donald Trump para separar brutalidades o amabilidades, da igual, de todos modos, destruye. Y el régimen se ensañó con la generación de mis padres, así es que no había hogar al que volver. Había recuerdos de un vacío inmenso que supieron llenar los libros.

Donde no estaban las madres, estuvieron las palabras. Por eso, el primer espacio fuera de línea que habité con total libertad fue la lectura, que no solo me salvó de la escuela, pues me aburría tantísimo en clases, sino de esa soledad absoluta a la que nos sometió el régimen.

Y cito a Pascal Quignard cuando escribe:

“Yo pensaba que un lector está siempre solo. Pensaba que cuando está solo y lee pertenece a un grupo. En tanto que lee, entra en un grupo, no deja de entrar en un grupo. El grupo de los que conocen sus letras, el grupo de los que saben usar códigos tipográficos, el grupo de los que hablan con los fantasmas, el grupo de los que aman la lengua cocida, el grupo de los que aman las obras ejecutadas con cuidados y que no dejan de estar compuestos por gentes que permanecen solas”.

Y cierro la cita para preguntar aquí, en medio de esta jornada, ¿cuál es la soledad del lector?

Quignard adivina una respuesta cuando dice: “Escribo bajito: hubiera querido ser amado. Mi sueño iba más lejos: hubiera querido ser preferido”.

¿No es eso lo que buscamos insistentemente? Ser vistos, adivinados incluso. Son ilusiones amorosas que se frustran con el tiempo, pero durante un rato, el lector irá detrás de un libro que lo interprete, que le hable al oído, aunque parezca una forma narcisista de leer, ese es el primer impulso, una relación de a dos.

Su sombra atraviesa el río: como una víbora, con la cabeza fuera del agua, en el más completo silencio, con apenas una especie de ribete como estela, va de orilla en orilla. Mientras sus rostros se borran poco a poco y escucha más de lo que dice.

También dice menos de los que piensa. Lo cual no es malo, porque como advirtió Gilles Deleuze hace un tiempo, estamos anegado de palabras inútiles: “En cantidades enormes de palabras e imágenes. La estupidez nunca es muda ni ciega. El problema no consiste en conseguir que la gente se exprese, sino en poner a su disposición vacuolas de soledad y silencio a partir de las cuales podría llegar a tener algo que decir”.

Pero una vez superada la ilusión del libro como instrumento que nos hable sobre nosotros mismos, entramos en el terreno de las palabras, de la crítica, del pensamiento. Un espacio de conversación colectiva,

el otro,

los otros,

hacen entrada en nuestro diálogo y vamos de la cosa al enunciado, somos capaces de elevar la mirada. Los lectores son los primeros en estar *fuera de línea* cuando se disponen a esa soledad y silencio que les ofrecen los libros, cuando buscan ser arrojados a otra orilla y

¿qué es una orilla para un lector?

El lugar de la lectura, de la escritura también. Reconocer paisajes, sonidos, texturas, adelante y atrás, convertirnos en materia dúctil, decirnos a *estar en el camino*, para usar las palabras de Keruac.

Así es que mi primera convivencia con los márgenes (o primera etapa como escritora) fue motivada por la búsqueda de respuestas sobre un tiempo pasado. Hoy, en cambio, me encuentro en el lado opuesto de esa línea imaginaria, miro hacia el futuro. Diría que *Un libro es una pregunta*, el ensayo sobre lectura y adolescencia en tiempos revueltos que publiqué en

Fondo de Cultura Económica y *Escribir a las madres*, una reflexión sobre maternidad a partir de voces femeninas de la Literatura, van por ese camino.

En este último intenté responder la pregunta sobre qué tipo de historia es la de las madres y en qué parte de esa historia hemos sido testigos de eventos que no tienen que ver con nosotras y en cuáles hemos intervenido y logrado materializar cambios. Me parece que es una pregunta pertinente, pues la maternidad como institución hoy no goza de buena salud entre las mujeres jóvenes y los países envejecen y los gobiernos se esmeran en programas de apoyo a las mujeres dispuestas a procrear y, no obstante, seguimos sin entender nuestro rol en esta historia que está fuertemente marcada, porque el cuerpo de la mujer es un cuerpo político, y sin embargo, no han sido las ciencias sociales las que se encargaron de reunir este relato, completar sus baches, sino la Literatura, es ahí donde encontramos algo parecido a una versión de las madres reales, un coro de voces que resuena como un gran archipiélago de madres escritoras provenientes de todas partes del mundo, distintos credos, culturas, razas.

En fin.

Esta nueva etapa de observación se inauguró después de la publicación de *Samurái*, la novela juvenil que cerró el ciclo de memoria/pasado/dictadura y me arrojó a un tipo de margen, o fuera de línea, menos nostálgico, pero más urgente pienso, porque el mundo está enrarecido, cuando pensábamos que habíamos dejado atrás la pesadilla de la guerra, tenemos dos focos enormes de violencia, abusos y maltratos. Lo que ocurrió y sigue ocurriendo con los niños en Gaza no puede dejarnos tranquilos ni como escritoras ni editoras ni lectores ni sociedad en general, pero ¡qué nos pasa!, es decir, ¿qué tipo de arte es posible en el contexto brutal con que la guerra se ensañó contra los niños? Esa barbarie nos recuerda lo natural que nos resulta la violencia objetiva, perfectamente identificable y, no obstante, absurda y perversa.

La historia de la humanidad podría narrarse en guerra, peleas y matanzas y siempre es la misma historia, como decía Herta Muller, “siempre la misma nieve, siempre el mismo tío”.

El ser humano tiende a la violencia naturalmente, como si siguiera anclado a una etapa primera e incivilizada, *golpe y garrote*, con qué facilidad devenimos en inhumanos,

me quitas, te pego;

me sacas, te arranco un pedazo de piel

y así, tortazo a tortazo, deshacemos organizaciones humanitarias, rompemos tratados, bombardeamos niños, maternidades, encerramos a migrantes, construimos muros, nos

refugiamos en casas para no ver ni escuchar porque allá afuera, peligro, asalto, hurto, muerte. No sabemos qué hacer ante el dolor de los demás y todo esto no da para pensar en modas ni cómo sacar provecho de la miseria ajena, menos para descubrir cómo vender millones de libros mientras mueren millones de niños, sino para detenerse y reflexionar sobre la estupidez ambiente y al menos preguntarnos qué opinamos sobre ella.

Mi generación quería cambiar el mundo, estábamos seguros de que sería posible, pero tarde o temprano, debes despertar, pues las fantasías, como las utopías, tienen tiempos limitados. Ni la libertad tan preciada ni la humanidad más solidaria llegó para instalarse, apenas un segundo de palabras amables y reconciliaciones posibles abrió paso a un mundo que no logramos imaginar. Lo domina la tecnología y el dinero, el algoritmo siempre presente para ofrecernos nuestros deseos más profundos. La IA se perfecciona, aprende de sus errores, la capacidad de imitar sinapsis neuronales la ha hecho más veloz que el propio cerebro humano, y quiere ganar, quiere ser perfecta y no sabe, porque no es propio de las máquinas saberlo, que la perfección nada dice sobre la belleza, que verdadera belleza muchas veces está construida de dolor y que es precisamente ese camino pedregoso y difícil el que nos regala estados de gracia.

Pero la literatura existe y quizás hoy,
como espacio fuera de línea,
nos recuerda que la conversación humana continúa, que es necesaria y que debemos cultivarla.

¡Vivan los libros!

Muchas gracias.